

EL ROSTRO DEL PRESENTE. OTRO ESCENARIO.

Terminaron las fiestas. El regreso a casa . Me invade ese sabor agrídulce de la despedida y la promesa de volver pronto. Pronto? Pronto es una palabra independiente de nosotros. La pandemia lo definirá.

Estoy en el aeropuerto ande Bahía Blanca para retornar a Buenos Aires, 3 de enero de 2021.

Antes adelantaba mi llegada para disfrutar ese momento. Todos aceptaban mi mentira en el horario. Sonreían y me acercaban. Necesitaba alejarme del bullicio vivido y sentarme a tomar mi café, recordar momentos vividos, escribir. La pausa antes de volver.

Hoy me citaron 3 horas antes. El personal de sanidad ni el de la empresa habían llegado. Dos horas bajo un sol de 39 grados. Intento respirar hondo y leer. La lectura no borra el malestar que siento. Finalmente- dos horas después- despacho la valija previa inspección del certificado de libre circulación y termómetro en el cuello, recomendaciones. Etc. Etc.

Me siento en la sala de espera. Asiento por medio. Todos con tapaboca. Es la nota de color gris en el ambiente. Solo veo los ojos con quienes a distancia cruzamos las miradas, casi temerosas. No me dicen nada. Como si estuvieran llenas de polvo, por momentos brillan y por otro oscurecen.

A mí me atraía mirar los labios, los gestos que dibujan las palabras. Escuchar el sonido, inventarme una historia.

Estoy triste. No solo es la tristeza de la despedida familiar, es la oscuridad de la luz encendida, de tener conciencia que el mundo cambió. El silencio agobiante. Los chicos no ríen mientras corren entre las filas de los asientos, las madres no los llaman al orden, los hombres no hablan de negocios, los jóvenes no relatan felices anticipando la aventura que les espera. *Extraño las conversaciones.*

No me alcanza racionalizar que la incerteza es el signo de una época. A lo largo de los años la convertí en certeza. *Es hoy Delia. Creíste que lo habías aprendido. Error. Mentira. Solo un pensamiento disponible para sentirme libre, autónoma.* Hoy es otra incerteza, es la duda del cuidado que ya no depende sólo de mí. Estoy atada a la responsabilidad del otro, a la vaga y azarosa decisión del gobierno, al virtuosismo del estado en su dimensión más autoritaria, más controlador que se cuele en nosotros en cualquier resquicio. *La solidaridad del otro se ausentó? No la siento. La calidez de la mano, del abrazo. Dónde está!*

Miro las espaldas de quienes están sentados delante de mí. Imagino que sus alas están escondidas, cortadas. *Si alguna pluma blanca intentara valientemente caer al suelo, alguien asustado iría rápidamente a buscar el alcohol que posa en la pared. Cada uno está armando su propia narrativa, metáfora o cerrará sus ojos para evadirse.*

Así es hoy. Esposas en las manos. Grilletes en los pies. Invisibles y pesados. *Tanto cambio me abrumba. Trato de ponerle onda. Este contexto me asfixia. No me gusta. Siento que las palabras están clausuradas, censuradas tras el barbijo que hace de valla, de vacío, de brecha. Estoy tan triste. No lo puedo ocultar. Siento que las lágrimas me brotan. Dónde está el aroma de mi café? Cuántas gotas de café está perdiendo mi vida? Lo que bordé en mi libro*

textil sobre que mido mi vida por las gotas de café que tomé, Cuántas perdí estos meses? Cuántas pierdo? Tengo miedo.

Me tocará a mí? Seré de los salvados o de las condenadas? Nueva incerteza. Si lo supiera, a mi edad debería pensar cómo me despido de los que amo. Feo lo que pienso. Muy feo.....ya no me alcanza repetirme que vivir es parte de la muerte. Por qué hoy no me alivia? Qué mal estoy! Para qué viajé? Ni sigas Delia, abrazaste a los que más amás. No dejes que se diluya la felicidad vivida. Eso es lo importante...Dónde se fue min casi mantra que la vulnerabilidad es la forma de habitar el mundo? Pará Delia. Pará.

Por fin, la azafata llama a embarcar.

Asiento 7 A. En el siete B un señor ocupa más que su asiento. Gordo y sudoroso. Le pido permiso y e siento.. Me pongo con Poxipol a la ventanilla. Se me escapa el entendimiento. *Cómo y el distanciamiento?....*Abro el celular. Juego al Sudoku.

Aterrizo. Busco el equipaje y reservo el taxi. Aleluya! No terminó el raid. Me viene a buscar un agente sanitario y me dice que no puedo salir del aeropuerto sin hacerme el hisopeado. Alelada lo sigo. Formulario. Fila. Explicaciones de cómo será el hisopeado y cuándo tendré el resultado.

Perdí el turno del taxi. Debo esperar otro. Más tiempo. Me invade la somnolencia .A las dos de la mañana llego a casa. Me desplomo en la cama.

Miro las sombras que dibuja la lámpara en el techo. Escribo. Ahora es ayer. Ahora es hoy. Ahora no es mañana.

Apago la luz. Me vence el cansancio. Me abrazo al peluche que me dio mi nieta-no te lo regalo, te lo presto para que te acompañe en el viaje-. Lo abrazo. Lloro pero es otro llanto. Este es dulce, amoroso, me llena el alma con la belleza que la pandemia no puede borrar.

Gracias Mili, chiquita aada. Gracias, me haces olvidar este final de viaje.

Quizás pronto sea pronto